

“Emprender un auténtico camino espiritual no es eludir dificultades, sino aprender con atención del arte del error, y someter las equivocaciones al poder transformador de nuestro corazón.”

Jack Kornfield



Guillermo Muñoz Vera, *El piso de Anette*, 1988

PARA LEER...

MILLÁN, M.A., *Humanizar el cuidado. El ejemplo de San Camilo*, Sal Terrae, Madrid 2020

**Para recibir este material en tu casa escribe a
Servicio de Atención Espiritual
-Centro San Camilo- Tres Cantos, Madrid
xabier@sancamilo.org**



Navidad, una fiesta de renovación



Hemos de descubrir en la Navidad una fiesta que nos invita al cambio y a la renovación personal.

El comienzo de un año nuevo

En la civilización romana solían celebrarse, a finales de diciembre, diversas fiestas populares en honor del sol, precisamente cuando los días comienzan a alargarse y la luz solar empieza de nuevo a superar el poder de las tinieblas. Cuando el cristianismo se convirtió en la religión oficial del Imperio, estas fiestas en honor de la divinidad solar fueron sustituidas por la celebración del nacimiento de Jesús, que para los creyentes es el verdadero sol y la auténtica luz que ilumina las tinieblas de los hombres (Jn 1, 4-5).

Por eso, las fiestas de Navidad coinciden también hoy con el final de un año solar y el comienzo de otro. Cambiamos de calendario, nos despedimos del año viejo y nos deseamos un feliz Año Nuevo.

Pero no es fácil comenzar un año nuevo. El paso del tiempo y la proximidad cada vez mayor de la vejez y de la muerte es algo que resulta insostenible al hombre contemporáneo.

Por eso, no es extraño que, al despedir el año, muchos necesiten olvidar, aturdirse y engañarse a sí mismos de alguna manera. ¿Cómo creer de verdad en esa mentira que nos repetiremos unos a otros deseándonos «año nuevo, vida nueva»? Año nuevo, pero vida nada nueva, nada diferente, nada renovada. Porque seguiremos cometiendo los mismos errores de siempre y repitiendo las mismas equivocaciones. Y porque seguiremos estropeando cada día nuestra vida, haciendo difícil y dura nuestra convivencia.

Llamada a la renovación

Para los creyentes, la Navidad es una fiesta que invita a la renovación. Cristo es para nosotros el Hombre Nuevo. Alguien que nos ha dejado el mandato nuevo del amor y nos invita a vivir de manera nueva, en conversión y renovación constante. En la Navidad no celebramos solamente el nacimiento de Jesús. Celebramos también nuestro nacimiento a una vida nueva, nuestra conversión y renovación.

Así canta el antiguo poeta Angelus Silesius: «Aunque Cristo nazca mil veces en Belén, mientras no nazca en tu corazón, estarás perdido para el más allá: habrás nacido en vano.»

Por eso hemos de comenzar el año nuevo con una voluntad de renovación. El año nuevo es un tiempo abierto, un tiempo lleno de posibilidades nuevas porque es un tiempo que se nos ofrece como gracia y salvación. En medio de la nostalgia de un año que se va y la incertidumbre de un año nuevo que comienza, todos intuimos que hemos nacido para vivir algo más grande, más pleno, más total y verdadero que lo que vamos conociendo año tras año.

Por eso es bueno que nos preguntemos qué esperamos del año nuevo. ¿Será un año dedicado a «hacer cosas», resolver asuntos, asegurar mi pequeño bienestar, acumular egoísmo, nerviosismo y tensión? ¿Será un año en que aprenderé a ser más humano? ¿Sabré amar con más ternura y dedicación?

¿Qué tiempo dedicaré al silencio, a la intimidad, al descanso, a la amistad, a la oración, al encuentro con Dios? ¿A qué personas me acercaré, a quiénes podré hacer un poco más felices; en quién podré despertar un poco de alegría y esperanza?

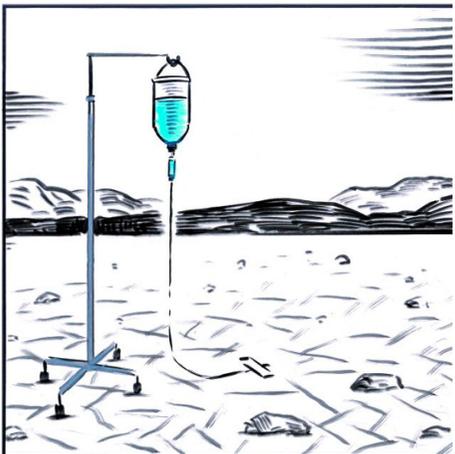
En definitiva, ¿qué es lo que realmente quiero yo este año? ¿A qué le dedicaré el tiempo más precioso e importante? ¿Será un año más, un año vacío, aburrido, triste y rutinario? ¿Un año en que crecerá mi fe? ¿Un año que me acercará a la vida eterna?

Las cargas se acomodan caminando

Camilo de Lelis

¡A jugar! ¡A aprender!

Busca 10 palabras de más de cuatro letras que aparecen en el evangelio de hoy. Con las letras que sobran obtendrás una frase.



E	L	N	E	L	A	S	U	R	E	J
M	A	N	C	I	I	A	N	O	S	E
U	A	I	M	M	E	O	N	D	E	S
T	S	D	E	C	U	B	R	R	E	U
I	A	O	R	L	M	P	E	O	S	S
R	N	L	I	E	R	A	S	D	E	N
I	T	P	R	O	E	E	L	A	O	S
P	N	M	I	N	R	O	V	S	Q	
S	U	E	E	A	C	U	D	L	D	E
E	S	T	N	A	L	T	E	A	M	P
A	I	R	O	L	G	L	O	S	P	.

Frase Anterior: El ángel del Señor anuncia a María que va a ser la madre del Hijo del Altísimo.

EVANGELIO (Lc 2, 22-40)

Lectura del santo Evangelio según San Lucas

Cuando llegó el tiempo de la purificación, según la ley de Moisés, los padres de Jesús lo llevaron a Jerusalén, para presentarlo al Señor. (De acuerdo con lo escrito en la ley del Señor: "Todo primogénito varón será consagrado al Señor"), y para entregar la oblación, como dice la ley del Señor: "un par de tórtolas o dos pichones". Vivía entonces en Jerusalén un hombre llamado Simeón, hombre honrado y piadoso, que aguardaba el Consuelo de Israel; y el Espíritu Santo moraba en él. Había recibido un oráculo del Espíritu Santo: que no vería la muerte antes de ver al Mesías del Señor. Impulsado por el Espíritu, fue al templo.

Cuando entraban con el niño Jesús sus padres para cumplir con él lo previsto por la ley, Simeón lo tomó en brazos y bendijo a Dios diciendo: «Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz. Porque mis ojos han visto a tu Salvador, a quien has presentado ante todos los pueblos: luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel.» Su padre y su madre estaban admirados por lo que se decía del niño. Simeón los bendijo, diciendo a María, su madre: «Mira, éste está puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; será como una bandera discutida: así quedará clara la actitud de muchos corazones. Y a ti, una espada te traspasará el alma.»

Había también una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser. Era una mujer muy anciana; de jovencita había vivido siete años casada, y luego viuda hasta los ochenta y cuatro; no se apartaba del templo día y noche, sirviendo a Dios con ayunos y oraciones. Acercándose en aquel momento, daba gracias a Dios y hablaba del niño a todos los que aguardaban la liberación de Jerusalén. Y cuando cumplieron todo lo que prescribía la ley del Señor, se volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. El niño iba creciendo y robusteciéndose, y se llenaba de sabiduría; y la gracia de Dios lo acompañaba.

En medio de la escasez de datos sobre la familia, hay un detalle que Lucas subraya hasta la saciedad: cuatro veces repite que es un matrimonio preocupado con cumplir lo prescrito en la Ley del Señor. Este dato tiene enorme importancia. Jesús, al que muchos acusarán de ser mal judío, enemigo de la Ley de Moisés, nació y creció en una familia piadosa y ejemplar. El Antiguo y el Nuevo Testamento se funden en esa casa en la que el niño crece y se robustece. La misma función cumplen las figuras de Simeón y Ana. Ambos son israelitas de pura cepa, modelos de la piedad más tradicional y auténtica. Y ambos ven cumplidas en Jesús sus mayores esperanzas.